


Vida de Samuel Johnson

GIORGIO MANGANELLI

Traducción de Teresa Clavel

gatopardo ediciones 

Título original: *Vita di Samuel Johnson*

© 2008 Adelphi Edizioni S.P.A. Milano.

Este libro ha sido contratado a través de Ute Körner Literary Agent

www.uklitag.com

© de la traducción: Teresa Clavel, 2017

© de esta edición: Gatopardo ediciones, 2017

Rambla de Catalunya, 131, 1^º-1^ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: octubre de 2017

Diseño de la colección y cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: Samuel Johnson

© FALKENSTEINFOTO / Alamy Stock Photo

Imagen de interior: Detalle de la casa de Samuel Johnson

Fotografía de Elliott Brown, bajo licencia CC BY-SA 2.0

ISBN: 978-84-946425-7-9

Depósito legal: B-22424-2017

Impresión: Reinbook serveis gràfics S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



Interior de la casa donde vivió Samuel Johnson,
en el 17 Gough Square, en Londres.

SAMUEL JOHNSON LLEGA A LONDRES

La mañana del 2 de marzo de 1737, miércoles, dos jóvenes partieron de Lichfield, localidad de Staffordshire, en las Midlands, para emprender el camino hacia Londres: ciento noventa y tres kilómetros, que recorrerían en cuatro días. Tenían un caballo para los dos, y se turnaban para tirar de él y montar en la silla; en el bolsillo, unas pocas monedas. Uno era un muchacho de casi veintiocho años, desgarrado, mal vestido, de corpachón torpe, increíblemente miope, duro de oído y aquejado de linfatismo: Samuel Johnson, un hombre de vasta cultura, espíritu combativo y devoto, y de imperecedera, arraigada miseria. Llevaba en el bolsillo tres actos de una tragedia inacabada de tema turco: *Irene*, que, según él, le serviría de salvavidas en el tempestuoso mar de Londres. El otro, un jovenzuelo de apenas veinte años, alegre e imaginativo, de buen talante y gestos desenvueltos, resuelto a alcanzar

rápidamente el éxito: David Garrick, que no tardaría en convertirse en el mejor actor inglés. Johnson iba a Londres por motivos simples, eternos: estaba cansado de la miseria, deseaba rodearse de un mundo más rico, más vivo, más variado que el de su provinciana, virtuosa, chismosa y monótona Lichfield. Lo espoleaba una especie de hosca confianza, y algo de aventurero tenía aquel hombre destinado a una carrera ejemplarmente sedentaria. Esperaba que en Londres tuviera mejor suerte que ejercer de preceptor, ayudante de preceptor y maestro en los colegios rurales de Staffordshire. Garrick tenía en mente continuar los estudios, puesto que sus prudentes padres querían hacer de él un hombre de leyes.

Una afectuosa carta de recomendación que un honrado ciudadano de Lichfield había escrito a un paisano, director de la escuela a la que asistiría Garrick, precedió su llegada a Londres:

David y otro vecino mío, un tal Samuel Johnson, partieron juntos esta mañana camino de Londres. Garrick estará con usted a principios de la próxima semana, y el señor Johnson desea probar fortuna con una tragedia, así como ver si consigue que le encarguen alguna traducción, ya sea del latín o del francés. Johnson es un magnífico erudito y poeta, y albergo muchas esperanzas de que se convierta en un autor

de tragedias de gran valía. Si por ventura estuviese en su mano, no me cabe duda de que se mostraría dispuesto a recomendar y ayudar a su paisano.

Aun siendo un anglófilo entusiasta, Johnson nunca había sentido simpatía por esa localidad obtusa y mezquina, de vida lentísima, que era su Lichfield natal; la abandonó gustoso, y toda su vida, gobernada por un profundo y mítico amor por Londres, la ciudad grande y viva, estuvo marcada por una patente e inalterable aversión por la pequeña ciudad devota y provinciana. Los grabados dieciochescos nos muestran el perfil, decoroso, melancólico, no falto de delicadeza, de Lichfield; lo dominaba la aguja gótica de su bonita catedral, ya que era, y es, sede episcopal. En otros grabados aparece una plaza grande, de ángulos rectos, digna y sobria; en uno de los lados, la iglesia de Saint Mary y el mercado cubierto, asentado sobre pilares sólidos, toscos; frente a la iglesia, una casa más bien noble, decorada con dos columnillas: allí nació Johnson. Y desde allí lo llevaron a todo correr a la iglesia de enfrente para bautizarlo, pues el niño cianótico y demacrado parecía haber nacido para morir de inmediato, estigmatizado ya por esa tristeza del cuerpo que jamás lo abandonaría: «Yo nací medio muerto, y por unos momentos ni siquiera fui capaz de llorar».

Al principio de la plaza, una calle tranquila y engalanada por una serie de bonitas viviendas de una o dos plantas, con un aspecto que nos parece, actualmente, un poco de película del Oeste: pocos ornamentos, lisas la mayoría de las fachadas. Allí estaba, justo al lado de la casa de Johnson, la Taberna de las Tres Coronas, como un anuncio del hombre amante de la buena mesa y la conversación.

Inmensa era, desde luego, la paz de los campos alrededor de la pequeña ciudad, que la sobriedad de la iglesia gótica se ocupaba de custodiar, y el dulce tedio de los sermones episcopales, de aleccionar. Pero daba la casualidad de que Johnson, destinado a ser un teórico de la felicidad urbana, no gustaba de la paz campestre, ni cultivaba aquellos entusiasmos botánicos tan habituales en aquel entonces entre los literatos; y ni siquiera la hermosa catedral fue nunca, para sus ojos miopes, más que una masa descollante e informe.

En una hermosa y melancólica carta a Baretti,¹ Johnson describe una rápida visita que realizó a Lichfield en 1762, veinticinco años después de su histórica partida, y no es más que un recuerdo avivado por una pena sutil, por un afecto desganado, como el que se puede cultivar por algo no querido:

1. Giuseppe Marc'Antonio Baretti (1719-1789), escritor, viajero y crítico italiano. Vivió en Londres y fue amigo de Samuel Johnson. (*N. de la T.*)

El invierno pasado visité mi ciudad natal, donde encontré las calles mucho más angostas y cortas de lo que me parecía haberlas dejado, y habitadas por gente de una nueva especie para la cual yo era prácticamente un desconocido. Mis compañeros de juegos se habían hecho mayores y me hicieron sospechar que yo ya no era joven. El único amigo que me quedaba ha cambiado de principios para convertirse en instrumento de la facción dominante. Mi hijastra, de la que tanto esperaba [...], ha perdido la belleza y la gracia de la juventud sin haber adquirido la sabiduría de la madurez. Durante cinco días deambulé por aquellas calles, y aproveché la primera ocasión que se me presentó para regresar a un lugar en el que, si bien la felicidad no abunda, hay al menos tal diversidad de bien y de mal que aflicciones leves no hacen mella en el corazón.

Planeo ir de nuevo dentro de unas semanas, aunque ¿con qué finalidad?

Sin duda tenía en mente Lichfield cuando afirmaba: «En un lugar angosto, la mente de un hombre se vuelve angosta, sólo en el caso de que se haya ensanchado por haber vivido en un lugar ancho». Y se advierte un eco johnsoniano en Boswell cuando éste escribe: «La posibilidad de vivir su vida aquí en Londres, libre de comentarios y mezquinas críticas, no puede sino ser motivo de deleite

para un hombre que conoce la opresiva constricción de un círculo reducido».

La elección de Londres tenía, pues, tintes morales: el rechazo de la ciudad de provincias se extendía a la vida, a la moral, a la idea de las relaciones humanas que prevalecía en ella.

Pero ¿cómo se presentaba Londres ante los dos jóvenes intelectuales que llegaron allí a principios de marzo de 1737?

Muchos años después, Johnson le dirá a Boswell: «El intelectual queda impresionado por cómo [Londres] abarca en toda su diversidad la totalidad de la vida humana, cuya contemplación es inagotable». Pero en 1737 Londres no era sólo un lugar de arrebatadora vitalidad, el gran escenario de la vida. Era una ciudad torva y sórdida, increíblemente sucia —puesto que aún no existía un servicio municipal de limpieza urbana— y mal iluminada; las calles estaban sin pavimentar y desprovistas de aceras; no había alcantarillado ni conductos de desagüe, de modo que toda la inmundicia se acumulaba y fluía hacia el centro de las calles; los informes de la época insisten especialmente en los gatos y perros muertos. Tenía ya una elevada densidad de población, la cual superaba el medio millón de habitantes de los aproximadamente seis millones en toda la isla, y era gente agresiva, proclive a

llegar a las manos, zafia, pependciera. Durante una breve visita de Johnson a Lichfield, poco después de su traslado a Londres, su madre le preguntó si él era de los que circulaban por Londres pegados a la pared o de los que caminaban por en medio de la calle, pues al parecer las riñas por cuestiones de preferencia eran frecuentes y violentísimas. La miseria era enorme, por lo que los bajos fondos estaban atestados de ladrones y prostitutas. La *Moll Flanders* de Defoe, publicada unos veinte años antes, nos muestra una ciudad de pequeños delincuentes, miserables y desventurados que abarrotaban por igual todos sus barrios, fueran ilustres o pobres; la ginebra era prácticamente el único y devastador placer de aquella gente paupérrima y envilecida; el índice de mortalidad era bastante alto, aunque en relación con el de principios de siglo comenzaba ya a disminuir, y a finales de siglo descendería del 5 al 2,5%. Pero la viruela, la disentería y el tifus azotaban la urbe a lo largo del año, y la mortalidad infantil era elevadísima. Había un tráfico intenso, rápido y peligroso; las gacetas de la época informan, impertérritas, de desgracias callejeras: los carros volcaban, colisionaban, se estrellaban, y la gente moría. De vez en cuando, animales desbocados, toros y vacas recorrían la ciudad de Londres; abundaban los perros rabiosos; la brutalidad popular se desfogaba en peleas, revueltas y, en

no pocas ocasiones, linchamientos; a una mujer humilde que vendía huevos podridos la arrojaron al Támesis. En aquel entonces, estaba en vigor en Inglaterra un código de justicia de una necia crueldad: hurtos, incluso menores, se castigaban con la horca, por lo que, por un lado, se exhortaba al ladrón a convertirse en asesino cada vez que el crimen le brindaba, aunque fuese una esperanza sólo, mayor seguridad; por el otro, aquella víctima de robo que conservara un ápice de piedad en el corazón prefería sufrir un perjuicio antes que convertirse en cómplice de un suplicio inevitable y absurdo. Era frecuente la pena de la argolla, que solía recaer en los calumniadores, categoría de la que formaban parte los libelistas, los polemistas temerarios y los periodistas agresivos. Recayó también en Defoe, y podía ser mortal, debido a la libertad que se daba a la plebe para arrojarle al desdichado piedras y palos, además de menos letales verduras, y hubo quien, durante ese hostigamiento, murió como consecuencia de la angustia, la vergüenza y el rigor del sol y la lluvia.

De la sórdida suciedad londinense, el propio Johnson nos dejó testimonio, pese a que a nadie le resultaba tan querida la inmensa ciudad como a él:

De las descripciones que los viajeros nos ofrecen de las naciones más salvajes, nada es tan nauseabundo como la

falta de higiene, cosa de la que en ninguna parte del mundo se hace mayor alarde que en las calles de la capital inglesa, ciudad insigne por su riqueza, comercio y prosperidad, y por toda clase de gestos de civismo y cortesía, pero donde la cochambre es tan excesiva que incluso un salvaje la miraría con estupor [...]. Quien ha pasado aunque sea un solo día en esta gran ciudad sabe bien que la actual negligencia por lo que respecta a la limpieza de las calles, así como la falta de pavimentación, no es algo que pueda seguir soportándose; como tampoco se puede tolerar que socavones imprevistos sorprendan y acechen por doquier al viandante, o montañas de escombros le obstaculicen el paso; y que esta queja general no haya encontrado aún satisfacción basta para demostrar que, hoy en día, no hay funcionario o magistrado capaz de conseguir gran cosa.

El provinciano Johnson vivió días muy amargos durante sus primeros años londinenses, días de inmensa y despiadada pobreza que debieron de soliviantar su obstinado orgullo de hombre sin fortuna, días que exasperaron su airada dignidad, ese solemne estilo moral que incluía en él otro estilo más accesible de convivencia. De aquella época es de la que habla en «Londres», un poema escrito a imitación de la sátira tercera de Juvenal, y que recientemente T. S. Eliot ha puesto en el foco de atención de los

lectores actuales como ejemplo bastante elevado de lo que podía ser la concepción poética del siglo XVIII, particularmente la de Samuel Johnson. Por lo general, no suele considerarse a Johnson un poeta, y ciertamente no lo es a la manera de un Gray o un Collins. No es ni melódico ni imaginativo; sin embargo, en «Londres» hay versos de un áspero y melancólico carácter sentencioso, e inspirados por ese íntimo, punzante y honesto rencor que fue una de las fuerzas interiores de Johnson:

¿Quién querría cambiar las rocas de Escocia por el Strand?
Allí nadie es barrido por un súbito hado,
mas aquel a quien el hambre perdona, muere de vejez;
aquí, malicia, rapiña y fatalidad conspiran,
y ora ruge la chusma, ora un incendio;
implacables criminales tienden sus emboscadas
y merodea el letal alguacil en busca de presas;
casas te caen con gran fragor sobre la cabeza,
y a fuerza de hablar te mata una atea.

VV. 10-18

El asesino nocturno derriba tu puerta,
invade la hora sagrada del callado descanso
y deja, sin ser visto, una daga en tu pecho.

VV. 239-241

Pero, sobre todo, lo atormenta su condición de hombre pobre, que a la insolencia de la metrópoli sólo puede contraponer la honesta decencia del espíritu:

Un borracho juguetón sale tambaleándose de una fiesta,
provoca una riña y bromeando te apuñala.
Mas también estos héroes, tristemente alegres,
señores de las calles, terror de los caminos,
ahíos de locura, juventud y vino,
a los pobres reservan sus cautos insultos.

VV. 228-233

El número exime de vergüenza o censura
todo delito, salvo la ingrata pobreza.
Sólo a ésta persigue la inflexible ley,
sólo ésta provoca la burla de la musa.
El honrado comerciante, con una capa rasgada,
despierta de su sueño y ensaya una agudeza;
el sedoso cortesano atento observa
y de mil maneras modula la mofa.
De todas las penas que angustian al desdichado,
ninguna más amarga que el humillante escarnio;
nunca hiere más hondo el hado un corazón generoso
que cuando lo atraviesa el dardo de un necio insulto.
Pero ¿no reserva el cielo al pobre piadoso
un desierto inaccesible o una playa inexplorada?

VV. 158-171

Esta triste verdad en todas partes se constata:
lento crece el valor, por la pobreza aplastado,
pero más lento aquí, donde son esclavos del oro,
donde las miradas tienen precio y se venden las sonrisas.

vv. 176-179

El recuerdo de aquellos días desdichados ya no abandonó a Johnson, quien, si bien vivió momentos menos ingratos, nunca fue rico. No obstante, conservó, junto con una sensación de angustia, una profunda compasión por los pobres, pero no una compasión protectora, y tal vez ni siquiera cristiana, sino más bien cómplice. La señora Thrale, que se ocupó de Johnson durante parte de su vejez, nos dejó, entre otras, esta descripción de su carácter:

Johnson era de la opinión de que la severidad con los pobres acompañaba, o seguía forzosamente y sin ningún género de dudas, las posiciones políticas de los progresistas *whigs*, y no se contentaba con darles alguna ayuda, sino que quería que se divirtieran como pudiesen. Hay quien dice: ¿por qué vamos a dar dinero a los mendigos, si, total, se lo gastan en ginebra y tabaco? «¿Y por qué —rebatía Johnson— deberían negárseles estos placeres de la existencia? Es sin duda inhumano cerrarles todo camino que conduzca al placer y que nosotros consideraríamos demasiado vulgar o pobre.

La vida es una píldora imposible de tragar sin dorarla en mayor o menor medida; pero para el pobre no queremos ni oír hablar de ello, y no nos avergüenza declarar nuestro disgusto si éste trata de quitarse de algún modo la amargura de la boca.»

Sin embargo, más que la pobreza efectiva, lo que marcó y atormentó la vida londinense de Johnson fue un desmesurado e incurable desorden, al que ni siquiera su esposa pudo poner remedio en los no muchos años que pasó a su lado, así como su escaso espíritu hogareño, y falta de confianza en las instituciones donde asentar la propia vida. Por eso consiguió hacerse madrigueras, pero no una casa, y una madriguera es algo salvaje, incómodo y provisional. En los cincuenta años que vivió en Londres, con poquísimas interrupciones, Johnson tuvo allí una veintena de domicilios, casi todos alrededor del Strand o en Holborn, es decir, en el centro. Casi siempre se alojó en casas ajenas: desde la de aquel Norris fabricante de duelas, con quien compartió su primera vivienda londinense, en Exeter Street, en el Strand, hasta la de la señora Thrale, que lo albergó durante muchos años hacia el final de su vida.

Sabemos que Boswell, poco después de haberlo conocido, fue a visitarlo a su casa, en el primer piso de Inner-Temple-Lane:

Me recibió con mucha cortesía, pero debo confesar que su vivienda, su mobiliario y su atuendo matutino eran bastante toscos. Vestía un traje marrón muy raído; llevaba una vieja y raquíta peluca sin empolvar, que era demasiado pequeña para su cabeza; el cuello de la camisa y el remate de los pantalones a la altura de las rodillas estaban abiertos, las calzas negras de lana, arrugadas; y llevaba unos zapatos sin abrochar a modo de pantuflas.

De los alojamientos donde vivió en Londres, el más parecido a una casa fue el que ocupó en Gough Square: dos plantas, con salón y comedor en la primera y salón en la segunda. Pero a Johnson le gustaba trabajar en el desván, amueblado con una mesa de madera inestable, una silla en condiciones y otra a la que le faltaba una pata y un brazo. Y era motivo de admiración la tranquila destreza con la que utilizaba aquella silla mutilada: se sentaba de manera que pudiese compensar la pata inexistente; y al levantarse, o bien la cogía con la mano, o bien la apoyaba en algún sitio, siempre con la más absoluta naturalidad, sin hacer ningún comentario acerca del manifiesto deterioro del mueble.

Pero precisamente era eso lo que apreciaba de modo particular de Londres: el hecho de poder cultivar la propia excentricidad sin perder la estima de los amigos, sin que

se le negara el acceso a las casas ilustres; de ser pobre y amigo de hombres de gran linaje; de ser escuchado por aquello que tenía que decir y no por su posición social. Este hombre sedentario, feliz con una pobre choza, con una amigable taberna, pero gloriosamente ávido de todas las delicias del intelecto, amaba con pasión la grandeza física, tangible, de la enorme cosa llamada Londres; elogiaba aquella mole inmensa con admiración de provinciano, y le entusiasmaba la ingente humanidad infinitamente diversa que abarrotaba sus calles. «Señor —dijo un día, hablando con Boswell—, si quiere hacerse una idea ajustada de la magnitud de esta ciudad, no debe contentarse con ver sus grandes calles y plazas, sino que debe recorrer con detenimiento sus innumerables callejuelas y patios. No es en la ostentación de los edificios más insignes, sino en la infinidad de viviendas que se apiñan por doquier, donde reside la maravillosa inmensidad de Londres.»

Su amigo Maxwell cuenta:

Johnson sentía un gran apego por Londres; consideraba que allí un hombre puede alimentar su mente mucho mejor que en cualquier otro sitio, y que, si bien en lugares remotos el cuerpo de un hombre puede darse un festín, su mente, en cambio, padece hambre, y sus facultades tienden a degenerar por falta de ejercicio y de oportunidades. No

hay lugar, decía, mejor que Londres para curar la vanidad y arrogancia de un hombre, pues no siendo el hombre grande y bueno en sí mismo, sino en comparación con otros no tan buenos ni grandes como él, no cabe duda de que en la metrópoli encontrará a muchos semejantes y a algunos superiores a él. Consideraba que en Londres un hombre corre menor riesgo de enamorarse indiscretamente que en cualquier otro lugar, puesto que la dificultad de decidir entre las opuestas pretensiones en conflicto de una gran variedad de objetos lo mantiene a salvo. Me dijo que le habían ofrecido no pocas veces un puesto en el campo, siempre y cuando estuviera dispuesto a tomar los hábitos, pero que no era capaz de renunciar a la cultivada sociedad londinense, ni de avenirse a cambiar los estimulantes placeres y los espléndidos ornamentos de la vida pública por la oscura, insípida y uniforme vida en lugares remotos.

Unas semanas antes de morir, aún le escribía a un amigo: «La atmósfera con humo me libera de la hidropesía, que es mi mal originario y profundo. La ciudad es mi elemento: allí están mis amigos, allí están mis libros [...], y allí están mis distracciones».

«Cuando un hombre está cansado de Londres —le dijo un día a Boswell—, es que está cansado de vivir, porque Londres ofrece todo lo que la vida puede dar.»

Londres le ofrecía libertad en un grado no comparable con el de ningún otro lugar:

En Londres, un hombre puede llevar una espléndida vida social en un momento determinado y vivir en austero retiro en otro, sin por ello ser objeto de censura. Allí, y sólo allí, la casa de un hombre es realmente su castillo, donde puede protegerse de cualquier intrusión siempre que le plazca. [...] En Londres un hombre está siempre a dos pasos de su madriguera [...]. No hay lugar donde se pueda velar por la propia economía mejor que en Londres. En un sitio pequeño no puedes hacer malabarismos con tu fortuna; debes comportarte siempre de un modo determinado. Aquí, una dama puede tener estancias bien decoradas y vestidos elegantes, y ni un solo trozo de carne en la cocina.

Para un hombre como Johnson, cuya vida estaba gobernada por una economía bastante insostenible, caótico por naturaleza, mal vestido y excéntrico, ese Londres visto como una gran red de madrigueras proporcionaba una razonable protección. Pero le ofrecía algo más, lo que él más apreciaba: la compañía. La vida de Johnson debía de ser una interminable conversación con hombres y mujeres de cualquier extracción social, moral e inteligencia: prostitutas y mujeres nobles, libertinos y

hombres píos, miserables y poderosos. Él mismo cuenta que desde los primeros días de su estancia londinense se deleitaba con la conversación, áspera e inculta, por supuesto, pero tremendamente viva, de los clientes de la Taberna de la Piña, donde comía a diario un filete por seis peniques, acompañado de pan por un penique más: «Muchos de ellos eran hombres viajados, y esperaban verse allí todos los días, aunque ni siquiera se conocían por el nombre».

Los lugares de encuentro que Johnson frecuentaba, donde reunía a los ejemplares humanos más singulares para sus experimentos con la conversación, eran los cafés, las bodegas, las tabernas; lugares, como él nos dice, donde por tres peniques se podía pasar una tarde, y donde quien no tenía casa podía también recibir invitados y entretener amablemente a los amigos. En aquella época, los cafés londinenses eran principalmente centros de reunión para hombres, en absoluto comparables a los salones ya habituales en el continente, donde la activa presencia de las mujeres imponía la elaboración de un ceremonial y cierta calma en el discurso. Por consiguiente, la conversación que Johnson elevó a tan alta dignidad intelectual raramente se caracterizaba por su cortesía y nunca por su moderación o reserva; más aún, a menudo se teñía de exabruptos polémicos, se encen-

día con sarcasmos e insolencias. Y añádase a ello que Johnson no era hombre dado a matizar la expresión de sus opiniones e incluso gustaba de presentarlas con algo más que una pizca de arrogancia.

Pero Johnson buscaba en la conversación no sólo el gusto viril del enfrentamiento intelectual, sino también cierto contacto con la vida. Y en esta búsqueda se basa lo que podría llamarse su «amor filosófico» por Londres.

Esta ciudad que acogía en sus bulliciosas calles a una humanidad inquieta, objeto de inagotable contemplación, y en la que se ejemplificaban todas las pasiones, todos los vicios, todas las virtudes, y el talento, el ingenio y la fantasía, y en la que se condensaba y se hacía visible toda condición humana, toda excentricidad temperamental, tan sólo esta ciudad podía permitir a Johnson llevar a cabo la fascinante operación intelectual a la que consagró su entera existencia: conocer la vida sin sumergirse en ella, situarse en su periferia y, a la vez, tener un conocimiento no indirecto de lo que sucede en su turbulento centro. No era su propósito vivir las formas de la existencia, ni practicar en carne propia la dura experiencia de las pasiones, ni humillarse con lo que él llamaba pecado, y que no es parte pequeña de cualquier existencia «vvida», sino obtener de todo eso un conocimiento intelectual, lúcido pero arropado por un cálido

amor impersonal por la existencia. Johnson ambicionaba ser experto e incorruptible al mismo tiempo.

Para conseguirlo necesitaba Londres: una inmensa ciudad que le permitiera hablar indistintamente con hombres y mujeres de toda condición moral, intelectual y social. Ninguna puerta debía serle cerrada; debía saberse de él que era inocente y desvergonzado a la vez; y él debía encontrar el modo de vivir su existencia excéntrica, rebosante de curiosidad y de reserva. Allí, el corazón humano era más libre y menos cauto, la soledad podía conciliarse con las delicias de la conversación, y la radical tristeza de la existencia, depurarse de sus inquietudes más provisionales y estériles.